

–Desastrosos. Y Frida Kahlo era nula, porque los de allí la conocimos primero vestida de hombre, luego se fue cambiando hasta que se vistió de su abuela. Su abuela paterna era alemana y la materna de Oaxaca, así que acabó vestida de oaxaqueña. Y si tú decías que no habías ido a Oaxaca te mataban, era como no haber ido a Grecia, o a Roma o estar en Madrid y no visitar el museo del Prado; era parte de la consagración de tu vocación de pintor. A mí me parecía francamente ridículo ver a Diego Rivera vestido de obrero –porque se vestía de obrero– en Bellas Artes, en los estrenos, con varias mujeres de todos los colores, gringas, mexicanas, de todas partes, la mayoría muy feas, vestidas de tehuanas todas. Era muy impresionante. Dolores del Río, que ya vivía en México, se moría de la risa: «¡Ya lo viste cómo iba hoy! ¡Viste a Fulana!»! Y nos reíamos todos. Dolores vestía de manera natural, con trajes de la época. Era un falso México, inventado: un tipo de indio sacado de los que pintó, este francés que estuvo antes de que Diego Rivera volviera de Europa. Charlot, que estuvo haciendo murales con Roberto Montenegro y otros e inventó una manera de hacer a los indios como de un solo golpe, como estos que pintó Diego Rivera, que hizo muchos, muy redonditos: no tienen edad y no sabes si son niños o ya maduros, todos de blanco, con un pelito así como el que traigo yo ahora.

Y luego la idea que daban de España me irritaba muchísimo. Porque no fue así la conquista. Cortés era inteligentísimo, escribió maravillosas cartas, había estudiado y podía mandar de verdad. ¡Y luego fue un hombre tan terriblemente desdichado! No puedes cambiar la historia de una manera tan banal, convertir a los indios en niños retrasados, de los que se abusaban porque eran unos idiotas. Y no era verdad. Además, los indios se quedaron la mayoría en sus puestos. Porque México no era un país, eran unos pueblos dominados por los aztecas, y los aztecas sabían muy bien que ellos no eran los propietarios de ese imperio. Todo lo borraron y trataron de hacer una historia muy estúpida, banal.

–¿Y con esas ideas tuyas, ¿cuáles eran tus relaciones con el grupo de Contemporáneos y con los más jóvenes?

–Yo conocí a Paz cuando él regresaba de la Guerra de España, y con él conocí a muchos refugiados; pero ya había conocido a otros que habían llegado un poco antes: conocí a León Felipe que vivió varios años en México, antes y después. Traté también mucho a Manuel Altolaguirre y a Emilio Prados. Prados llegaba a mi casa y se ponía a hablar. No hablaba conmigo realmente sino con él mismo, tenía fuertes controversias con él mismo. Cada vez iba bajando más la voz y yo le preguntaba, ¿qué dices? y no oía nada; pero me acercaba y entonces oía que decía, «porque Federico por aquí, Federico por allá». ¡Siempre Federico! Y también a Moreno Villa que era un hombre extraordinario, escribió páginas muy inspiradas sobre el arte mexicano que tú has de conocer, el estilo

tequiqui, y sobre otros aspectos del arte. Escribió un artículo que me sorprendió, porque viniendo yo de Roma hice una exposición y me criticaron mucho porque había un desnudo de hombre. Me insultaron en los periódicos pero él me defendió. Moreno Villa escribió un artículo precioso. Siempre fue amable conmigo y cariñoso y amigo, pero yo no creía que él se tomara tan en serio las cosas. Yo pensé que hasta se iba a divertir con esas críticas, pero no. Él estaba siempre muy despierto para no dejar que se malinterpretaran ciertos asuntos. Era una persona extraordinaria. Hay muchos escritos de él que se han recuperado y reeditado, que son magníficos. También conocí en México a María Zambrano. Ella iba a Morelia a dar clases en el mismo lugar que había fundado Tata Vasco, pero fue desdichada allí y se marchó de México. Y la volví a encontrar, años más tarde, viviendo en Roma, pero para entonces ella ya había vivido en Argentina, en Cuba, en París y finalmente en Roma, como te digo; después se marchó a La Pièce, que es un lugar de Francia pero cerca de Italia. Y lo pasé muy bien con ella porque le gustaba discutir y pelear, y se peleaba conmigo. Ella se reía mucho de los italianos, pero era amiga de algunos. La mayoría la trató muy bien. La respetaron mucho, pero ella no tenía ganas de Corte. Recibía a gente que venía de América latina y de Francia, pero la corte italiana, al ratito le cansó. Además, la corte italiana estaba toda entregada a la lectura de Castaneda (era en los años sesenta).

—*Volvamos un poco a ti, ¿qué has hecho hasta entonces?*

—Es que el tiempo se va rapidísimamente. Fíjate, la primera vez que yo vine a España fue en el año cincuenta y uno, y luego me quedé en Roma dos años, y luego volví a México y di clases en una escuela de cerámica, de la cual me echaron, naturalmente, por inmoral, porque los hacía leer a Octavio Paz y a Juan Rulfo, que entonces eran la inmoralidad misma. Y me echaron también porque la manera de enseñarles a dibujar les parecía escandalosísima. De los cincuenta a los setenta, yo no me di cuenta de que pasaba el tiempo. En esta época viví en Roma muchas veces, hasta que ya me quedé en París. Pero nada de esto fue planeado, salió así. No me dije: voy a hacer una carrera de pintor, me voy a Europa porque me conviene más. Yo tenía todas las puertas abiertas en Estados Unidos y en México, porque la gente era muy generosa conmigo, a pesar de que yo en el principio era muy rebelde, muy borracho, muy ignorante, y era un problema para mis amigos. Pero Paz, Villaurrutia, Carlos Pellicer, después Cernuda, Ramón Gaya, María misma, todos ellos me ayudaron a abrir ciertos caminos. Porque además, a mí me humillaba mucho ser pintor; se me hacía algo muy ridículo. «El pintor más joven de México», esto me reventaba, ¿entiendes? Por eso decía Octavio que yo era un joven que se disfrazaba de viejo. Él me enseñaba libros y yo me ponía a leerlos con interés, y decía que sí, que me gustaban; pero Octavio notaba

que yo estaba muy incómodo y muy mal, hasta que acababa aventado todo en la mesa y diciendo que los libros eran una mierda y que me obligaban a decir cosas que yo no creía. ¡Armaba unas tremendas! Porque no podía mentir; mentía en el momento, pero al rato me era imposible. Y luego pasaba un poco de tiempo y tenía razón, debido a que yo estaba fuera mientras que ellos estaban de libros hasta arriba.

*—En esa época pintas toda una serie de retratos, algunos masculinos pero sobre todo femeninos.*

—Sí, fíjate que no pude pintar a Octavio, ni ahora tampoco he podido, algún dibujo nada más, pero no me salía. Tiene una fabulosa cabeza, y me iba a dibujarlo, pero me salía un bodrio. Quise también dibujar a Pellicer y no hubo modo porque parecía el retrato de Mussolini. No sé por qué razón, en el fondo no quería hacer esos retratos y tal vez por eso me salían caricaturas, casi un insulto. Pero los retratos femeninos los pintaba con muchas ganas. Una sola vez hice un retrato, que yo no quería hacer, de una amiga de María Asúnsulo, y salió horrible. La pobre señora estaba muerta viendo su retrato. Asúnsulo sí, porque me gustaba la idea de pintarla. Ahora bien, si ella hubiera sabido por qué, creo que se hubiera muerto.

*—¿Y cuál era la causa de esa insistencia tuya?*

—Me gustaba la forma de las mujeres como te pueden gustar un jarrón o una flor o algo así, porque tuve muchas hermanas y muchas tías. Para mí la mujer tenía otra connotación, de madre, de hermana, de comprensiva, porque yo me emborrachaba y tenía unas crudas horribles y ellas me cuidaban, y María era así: «Anda, Juanito, ánimo, tómate una cervecita», «Pero María, ¡con todo lo que hice ayer!». «No, no te preocupes, me decía, sólo me rompiste cien vasos». Hacía cosas horribles. Pero los amigos hombres me decían que era un canalla, un vil, que me querían ahorcar, pero luego nos emborrachábamos juntos y hacíamos lo mismo, tanto ellos como yo; pero yo era el raro, porque era el jovencito, el que empieza, el que se sentía muy inseguro. Además, yo les decía cosas muy desagradables, de veras. Octavio me decía, «¡Pero cómo es posible! ¿De dónde sacas ese odio y esas palabras tan obscenas?», y yo le respondía, «Pues las invento». Él se reconciliaba muy fácilmente, pero otros me amenazaban de muerte. Y como no quería ser pintor y no tenía de qué vivir, acabé dando clases de dibujo toda la vida y vendiendo muy mal los cuadros. Y viviendo de prestado. Quería hacer teatro, pero no tenía dinero, y entonces a los amigos ricos les sacaba dinero, los metía en esos proyectos y pagaban ellos. Era muy hábil para vivir.

Todo esto fue ya en México, y lo anterior, lo de Guadalajara, fue como un sueño, pero tan intenso que sufrí muchísimo cuando dejé Guadalajara. Porque la manera de hablar, la perversidad de la vida allí... Todo era perverso en Guadalajara; comer una tortilla ya era una perversión; por-

que toda la gente mentía, todo el mundo escondía su sexualidad, aunque fuese una sexualidad de lo más convencional. A mi casa llegaban las visitas por la tarde, a ver a mi hermana mayor, que era mayor que yo diez años, y dejaban los coches lejos, y atravesaban toda la calle empedrada para que no vieran quiénes las habían acompañado. Sin embargo muchas eran lesbianas, tenían amantes, y lo mismo pasaba con mis primas y demás parientes, que se las robaban los novios, se quedaban embarazadas e iban a parar a mi casa. Y mi padre intercedía con los suyos pidiéndoles que las perdonaran, que se casaran, que él estaba dispuesto a decir que eran hijos suyos y de Amalia, pero le respondían que eso no podía ser, ¡que para qué hicieron entonces la revolución! No, no entra aquí esa puta de mi hija, decían. Horrible. Había entonces muchos suicidios y mucha cocaína. Yo tenía en aquella época de diez a catorce años. Y no sabía qué hacer: un día quería ser homosexual, otro me daba una repugnancia espantosa, otro día quería meterme con alguna muchacha, me metía y era un desastre, y todo era como por nota, pero no por un verdadero sentimiento. Ocurría algo curioso: tú llegabas a un lugar y todo el mundo se enamoraba de ti, y se apagaba la luz y ocurría de todo, pero a los dos o tres días te dabas cuenta de que llegaba otra persona y ya no eras tú sino la otra quien estaba de moda, y tú pasabas a la reserva. Todo era inexplicable. Pero la vida formal continuaba: una vida social con muchas caretas, disfrazada. Y yo era muy joven y tenía el deseo de que todo fuera limpio, y quería sentir algo de verdad. Pero la verdad es que no sentía nada: me inventaba las cosas igual que ellos. Así que llegué a México y allí hice muchos amigos, y después estuve años luchando para deshacerme de esos amigos, que eran pésimos, puros marihuanos, que leían a Lao Tse y mucha literatura de sectas. Todo estaba siempre desmoronándose.

—¿Y tu vida en Roma?

—En Roma tuve suerte porque conocí a las hijas de Croce. Croce se murió por aquel entonces, y yo comencé a leerlo, y Croce me apaciguó ¿sabes? Escribía tan bien, y era tan interesante su revista, *La Crítica*. Todos los temas sobre los que yo me preguntaba algo, él los trataba, y aunque yo no estuviera de acuerdo, eran otras luces. Y además, estaba en el extranjero, y allí podía ser yo. No era el joven pintor, no era el que había dicho no sé qué de Diego de Rivera o de cualquier otro, o había hecho alguna pequeña fechoría. Y comencé a aprender muchas cosas de mí. Estaba solo en la ciudad, conocía a poca gente. Y conocía a María Zambrano. Todos los monumentos comenzaron a hablarme más claramente gracias a María Zambrano, gracias a las Croce, que sabían mucho de Italia, estaban muy bien educadas. Una de ellas, Elena, que está encargada de la biblioteca de Croce, era especialista en cosas de España. Tradujo *La Dorotea* y escribió un ensayo sobre esa obra de Lope. Elena fue, de las